

Puentes que amanecen mientras dormimos de @silvink en “EL SUR: instrucciones de uso”

Puentes que amanecen mientras (no) dormimos como intento de #copylove de @iguazelelhombre (con mucho más love que éxito en el copy)

La noche de San Juan de 2005 hice tres cosas importantes: empecé un relato que titulé San Juan, conseguí escapar de una fiesta en mi edificio y suicidé una parte de mí tirándola al río Guadalquivir.

Querer cruzar el puente ponerte en un otro lado a ver si así eres algo diferente. Quedarte en medio para darle tiempo a esa transición. Pensar que el cambio es en realidad una cobardía acomodaticia cuando lo que se necesita es directamente mutar. Advertir el peligro y hacerte distinta. Y no dejar que el daño pase al fondo de ti. Pero pasa, y ahora en lo único que puedes pensar hacer estando en mitad del puente mirando al río, es como mucho, ponerte flequillo por aquello de tapar algo más las penas de dentro. El dolor te hace fuerte, parece que te escupe el agua. Y automáticamente te entran ganas de convertirte en una Torquemada de los libros de autoayuda.

Como John Cusack en Alta Fidelidad, yo andaba retorciéndome de celos. Se dice amor, perdón. Como parte de esa inquisición particular, también tuve unas ganas irrefrenables de quemar todas aquellas palabras que me habían hecho llegar a ese estar en mitad del puente llena de retorrijones. Ahogarlas produce el mismo efecto que quemarlas, matar las palabras antes de que te mueran. Así que tiré el teléfono móvil, con todos sus bonitos mensajes y un montón de fotos, irrecuperables desde el mismo momento en que el objeto cayó limpiamente sobre el agua verde, levantando una salpicadura diminuta y perfecta como la soñada por el mejor saltador de trampolín.

Cuando empezaba a arrepentirme del acto irreversible, fantaseaba con imágenes marcha atrás que corrigieran la caída y juzgaba desesperante la sumisión y el mutismo de los objetos, vi una silueta acercándose. Nos reconocemos. Es el amante de mi mejor amiga. Mi mejor amiga tiene un novio estupendo, pero desde hace un tiempo mantiene una historia seria con este sujeto, ¡dueño de un perro salchicha! Se llama D., y el día que mi amiga me lo presentó me cayó fatal.

Lógicamente, yo ya andaba moralmente mal dispuesta al tema de la infidelidad. Es muy fácil ser pro infidelidad cuando lo piensas como acto evolutivo que te hace pensar que las cosas pueden ser mejores. Y para evolucionar siempre debe haber una traición. A ti misma, a los demás o a un pasado que quieres dejar atrás. La infidelidad es como una goma de borrar que corrige lo que habías escrito. A veces para darte cuenta de que lo que estaba no era tan malo y otras, para hacerlo mejor. Pero todo ese discurso se te derrumba cuando eres tú la goma de borrar y te sabes utilizada sólo para hacer saber a alguien que lo que ya tiene, le merece la pena. Que lo escrito en los mensajes del móvil que acabas de tirar, sólo son pruebas de un ejercicio de escritura creativa. Maldices todos los discursos supuestamente feministas de mujer sexualmente liberada que también querrías lanzar al río. Me doy cuenta de que la Inquisición hubiera tenido filón conmigo.

D., el hombre del perro salchicha, es un tipo alto, va vestido de negro, parece uniformado. No es especialmente guapo. Me pide prestado mi móvil después de los saludos. Increíble. Dice que el suyo se ha quedado sin batería. Le pregunto si va a llamar a mi amiga. Dice que no, que esa noche ella cena con su novio en plan cenita romántica.

—No sé cómo lo aguantas.

—¿Me puedes dejar tu móvil o no?

En vez de soltar una excusa creíble, le empiezo a contar toda la secuencia que acabo de protagonizar. Con pelos y señales, desde el comienzo del relato. Me da confianza, la conversación fluye, él se muestra interesado y hace preguntas pertinentes. Me desahogo.

No paramos de hablar. Nos atropellamos y nos reímos. Parece un tipo mucho más majo que el día que lo conocí. Y empieza a resultarme bastante atractivo. Nos sentamos en los bajos del río. En un banco, contemplando el puente mientras comemos churros. Admiramos el puente.

De pronto, este momento se me muestra como la resolución del pasado en pos del futuro. Se acaban los churros. Ahora sí que está clareando. Debemos volver cada uno a su casa.

En mi volver del puente a casa, veo los restos de las hogueras y me doy cuenta de que había olvidado por un momento la secuencia de la noche, el incidente desencadenante, la fiesta de mi casa y las hogueras. Yo había quemado mi móvil utilizando el agua.

Me meto en un bar, pido un café y marco el número del fijo de mi amiga en el teléfono público. La despierto. Son las siete y cuarto. Le digo que me he encontrado con D. que ya no me cae tan mal.

—¿En serio? Sabía que te caería bien cuando lo conocieras mejor.

Le pregunto si sigue sintiendo lo mismo por él. Si sigue planteándose la posibilidad de romper su relación por causa de D. Me dice que sí. Habla en voz baja para que no le oiga su novio. El susurro deja de ser poético cuando te dice lo que no quieres escuchar.

Voy hacia casa. Estas calles vacías del centro me asustan. Una ciudad totalmente dormida es sospechosa. Esto lo pienso para tratar de olvidarme de D. Bueno, más bien del hecho de que mi amiga lo ama. Ese escollo resulta insalvable, por mucho que D. y yo acabemos de recibir el Nobel de Química (ex aequo) contemplando un puente. Recapitulo todos los puentes que he cruzado en mi vida. La imagen de ese puente es más fuerte que el resto. Ese puente gana a todos los demás. En mi huída, quedé atrapada en él y ahora no puedo orillararlo.

No suicidé bien esa parte de mí aquella noche. En un descuido, otra infidelidad me rompió de nuevo en jirones. Coser esos trozos leales que recojo de mi yo descompuesto, duele. Romperse dos veces la misma noche, duele. Me acuerdo de la noche de San Juan de 2005 por aquellas tres cosas importantes que hice y porque me rompí dos veces.

Última imagen del puente y fundido a negro.